

SOCIALISMO Y NACIONALISMO EN LA RESTAURACIÓN

El PSOE y la campaña autonomista catalana de 1918-1919

La crisis de la Restauración entre los años 1917-1923 se ha descrito como el corolario del proceso de agotamiento del régimen constitucional fundado por Cánovas del Castillo en 1876. Un régimen que en sus orígenes proporcionó estabilidad y unos usos políticos acordes con los principios del parlamentarismo liberal europeo, pero que en la segunda década del siglo XX se mostraría incapaz de frenar la fragmentación de los representantes del liberalismo histórico, así como de integrar en el sistema nuevas fuerzas políticas como el nacionalismo catalán de la *Lliga* o el obrerismo del PSOE.

Como ha señalado el profesor Luis Arranz, al poner sobre la mesa el argumento de la incapacidad del sistema de la Restauración para integrar a nuevas fuerzas en el juego político, urge preguntarse sobre la disponibilidad de los actores susceptibles de ser integrados¹. Esta idea se antoja más que pertinente en el caso del PSOE. A la altura de la segunda década del

Jorge del Palacio Martín es doctor en Ciencia Política. Profesor de la Universidad Rey Juan Carlos y miembro del Área de Constitución e Instituciones de la Fundación.

¹ Arranz Notario, L. (1986: 161).

siglo XX, el partido liderado por Pablo Iglesias era un partido de clase y revolucionario. Además, durante el periodo convulso que va de 1917 a 1923 –periodo que coincide con el final de la Primera Guerra Mundial–, el PSOE no fue ajeno a los procesos de fragmentación interna que sufrieron otros partidos españoles, pues estuvo sometido a dos grandes procesos de división ideológica que terminaron en sendas rupturas del partido. *Ad extra*, debido a la fundación de la III Internacional por iniciativa de Lenin. *Ad intra*, por razón de las tensiones de corte nacionalista habidas en el seno de la Federación Catalana del PSOE.

Al igual que en otros partidos socialistas europeos del periodo de entreguerras, la presión de la III Internacional sobre el PSOE terminó con la escisión del partido y la fundación del PCE en 1921, después de tres congresos extraordinarios para dirimir sobre el expediente “tercerista”. En el segundo caso, las aspiraciones autonomistas de los socialistas catalanes derivaron en la constitución de la Unió Socialista de Catalunya (USC) en 1923, preludio de la escisión de la Federación Catalana del PSOE. Si bien el proceso de formación del PCE ha sido ampliamente estudiado, la escisión del PSOE en Cataluña en tiempos de la Restauración no ha merecido la atención necesaria en las historias generales del socialismo español.

Entre finales de 1918 y principios de 1919 la vida política española estuvo marcada por las demandas de autonomía para Cataluña que lideró Francesc Cambó. En ese periodo el PSOE dio un vuelco radical a su posición original sobre el problema de las nacionalidades en España con el objeto de sumar esfuerzos contra el sistema de la Restauración. A comienzos del siglo XX, la teoría marxista ofrecía al socialismo una hoja de ruta segura para conciliar la lucha de clases y la liberación de las nacionalidades oprimidas, toda vez que en el futuro las contradicciones entre clase y nación quedarían resueltas con el advenimiento de una sociedad igualitaria sin clases, ni particularismos nacionales. Sin embargo, en la práctica la resolución de las contradicciones entre clase y nación no resultó tan sencilla. La crisis generada en el propio PSOE debido a la cuestión catalana mostraría los límites del socialismo español para armonizar el centralismo de clase con la autonomía política regional. Una crisis que, en última instancia, daría carta de naturaleza a la histórica dificultad del partido socia-

lista para sostener una posición clara y distinta sobre la cuestión nacional en España.

- I -

Se ha escrito muchas veces que el final de la Gran Guerra (1914-1918) dejó enterrado en las trincheras un mundo que los europeos no volverían a ver. Alejandro Lerroux, fundador del Partido Radical, recordaba en su obra *La pequeña historia* la vivencia de la Primera Guerra Mundial como un fenómeno que transformó radicalmente la Europa forjada en el largo siglo XIX: “La guerra europea derribó tronos, disolvió imperios, fundó repúblicas, resucitó naciones, las constituyó nuevas y modificó profundamente el mapa político del mundo, singularmente el de Europa (...). No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución”².

La Gran Guerra no solo afectó a los países involucrados en la contienda. Los países neutrales, como España, también fueron arrastrados por los efectos que produjo la guerra. Entre otros, la radicalización de las expectativas de los que habían apoyado al bando vencedor. En sus *Memorias*, Francesc Cambó dejó escrito: “El hecho es que en la victoria de los aliados todos cifraban la realización de sus ilusiones”. Y continuaba:

“(...) descontaban que con la paz se entraría en el país de Jauja; los revolucionarios de todas clases, los idealistas de todo color, no dudaron en que había llegado para cada uno de ellos la realización máxima de su ideal: ilusiones políticas, económicas, sociales, nacionalistas, liberales, toda suerte de ismos, sentían que había llegado el momento de su triunfo”³.

Pese al aire de distancia que Cambó adoptó en sus memorias para con las expectativas generadas por el final de la Primera Guerra Mundial, lo cierto es que el líder de la Lliga Regionalista no fue ajeno al ambiente de optimismo generalizado que cundió entre los aliadófilos. En concreto, buena parte de los partidos regionalistas europeos cifraron grandes espe-

² **Lerroux, A.** (1964: 34).

³ **Cambó, F.** (1987: 286).

ranzas en la defensa que el presidente norteamericano Woodrow Wilson hizo del principio de las nacionalidades como criterio de ordenación política para Europa. La confianza de Francesc Cambó en el advenimiento de una nueva Europa construida sobre el derecho de autodeterminación de los pueblos animó a la *Lliga* a reactivar la cuestión catalana e inscribir su importancia no ya en un contexto español, sino internacional. “Es hora de la autonomía de Cataluña por la situación del mundo y por la situación de España”, declararía Francesc Cambó ante el Congreso de los Diputados el 20 de noviembre de 1918⁴.

La firme vocación de la *Lliga* de internacionalizar la cuestión catalana se materializó en el viaje realizado por Juan Ventosa –quien había sido ministro de Hacienda– a París en diciembre de 1918. La intención era entrevistarse con Wilson y Clemenceau para negociar la inclusión del caso catalán en el expediente europeo de las nacionalidades que reclamaban la satisfacción del derecho de autodeterminación. El proyecto se vio finalmente frustrado por un viaje realizado por el conde de Romanones a París en esas fechas como nuevo primer ministro de España con el objeto de evitar que los principios wilsonianos se aplicasen a Marruecos y Cataluña⁵.

La cuestión de la autonomía catalana marcó la agenda de la vida política española entre finales de 1918 y principios de 1919. Un periodo doblemente determinado por el final de la Gran Guerra y la crisis del sistema de la Restauración abierta en 1917. Un periodo que resultó determinante para que el PSOE abriese su discurso a la cuestión catalana. El partido liderado por Pablo Iglesias nunca en su historia había incluido la cuestión nacional en sus programas. Se trataba de un gesto que estaba en franca concordancia con su posición de partido de clase que no trataba cuestiones burguesas. Sin embargo, la campaña autonomista desplegada por la *Lliga* al socaire del final de la Gran Guerra fue aprovechada por el socialismo español para proclamar en su XI Congreso de diciembre de 1918 su posición a favor de una “Confederación republicana de nacionalidades ibéricas”.

⁴ DSC, 20/XI/1918, p. 3194.

⁵ Meaker, G. H. (1978: 163).

En el otoño de 1918 España se iba sumiendo en un clima prerrevolucionario y el PSOE no iba a desaprovechar la ocasión de sacar partido. Como dijera *El Socialista* en diciembre de 1918, “a los socialistas les interesan todas las luchas y participan siempre de todas las inquietudes y todas las ansias que agitan a las grandes masas populares”. El periódico del PSOE se refería, sin duda, a la posibilidad socialista de asumir dialécticamente los postulados de partidos nacionalistas, toda vez que no se renunciase nunca a la principal razón de ser del partido, “la batalla contra el capitalismo” y la lucha sin cuartel contra los “cómplices y sostenedores de la burguesía triunfante”⁶.

- II -

La posición del PSOE para con la cuestión nacional resulta indisociable de la interpretación que en cada periodo de la historia de España el partido fundado por Pablo Iglesias hizo de la correlación de fuerzas disponibles para desencadenar un proceso de revolución social. Hasta el advenimiento de las crisis de la Restauración, ya en pleno siglo XX, para el PSOE España encajaba a la perfección con la idea de nación moderna, históricamente consolidada y económicamente viable en la que el proletariado debía desarrollar su acción de clase.

Desde la lógica del marxismo más clásico, la pretensión de autonomía de las pequeñas nacionalidades –los “pueblos sin historia” engelsianos– era vista como una fuerza contraria al progreso y, por ende, nociva para el progreso de los objetivos políticos del movimiento obrero. No en vano, en 1873, y con el cantonalismo de la I República como telón de fondo, Marx y Engels señalaban en uno de sus últimos artículos sobre la política española la necesidad de intentar que en España la revolución burguesa se desarrollase “sin la reaccionaria destrucción de la unidad nacional y sin la reproducción de una Suiza mayor” a pesar de las exigencias federalistas de los catalanes⁷.

⁶ “La hora del proletariado”, en *El Socialista*, 27/XII/1918.

⁷ **Marx, K. y Engels, F.** (1998: 240-244).

En este sentido, hasta la crisis de la Restauración de 1909, el PSOE calificaría toda fuerza orientada a fragmentar o entorpecer la acción unitaria del proletariado en el seno del Estado español como una fuerza reaccionaria. Así ocurriría con la opinión que al socialismo le merecieron el carlismo, el movimiento cantonalista promovido por los republicanos federales y los primeros pronunciamientos de los nacionalismos periféricos tras la crisis del 98. Las escasas referencias del PSOE sobre la cuestión nacional en España buscaban afirmar la preferencia para el socialismo de la unidad de clase de los obreros en España frente a la fragmentación regionalista. Un artículo publicado por *El Socialista* en 1899 señalaba:

“Ayer los vizcaínos, negándose a descubrir sus cabezas cuando la música entonaba el *Guernicaco*; hoy los catalanes, no uniendo sus voces al coro del odio, *Los Segadors*, han demostrado de un modo palmario que conocen sus intereses de clase y que saben que más lazos les unen con los obreros de Castilla que con los Chávarri, con los Alzola, con los Sedó, con los Sallarés, con los vampiros de su región (...). ¡Muy bien! Los obreros catalanes y los obreros vizcaínos, como los obreros todos, comprenden que sólo tienen un interés y ven con profundo desdén esas autonomías, esas descentralizaciones, a las que se quiere dar por fundamento el odio”⁸.

Sin embargo, la posición del PSOE con respecto a los nacionalismos periféricos sufrió una modificación radical en la medida en que varió su valoración del sistema de la Restauración. Con la entrada en la segunda década del siglo XX, la progresiva toma de conciencia de la ausencia del desarrollo capitalista necesario en España para el despegue de los intereses del proletariado, hizo que la valoración del PSOE hacia las élites del sistema de la Restauración sufriese una radical mutación. La otrora burguesía ya no era vista como la fuerza histórica que desencadenaría la modernización del país. Ellos la entendían como una pequeña camarilla al servicio de una oligarquía reaccionaria e imperialista, como demostraba la quiebra del turno en 1909, la polémica en torno a la cuestión marroquí y la represión desatada en la Semana Trágica de Barcelona, ese mismo año.

⁸ “El regionalismo y los obreros”, en *El Socialista*, 20/10/1899.

La idea de que en España no existía un régimen constitucional, sino un sistema autoritario revestido de liberal, justificaba cualquier medida para acabar con el Gobierno. José María Marco ha destacado en su biografía de Antonio Maura el agresivo papel de Pablo Iglesias –justificando hasta el atentado– ante la crisis planteada por la guerra en Marruecos. “¿Se extrañaría alguien [decía Iglesias] de que cualquier ciudadano, al tener que dejar en su casa mujer e hijos para ir a la guerra, en vez de hacer eso, clavase un puñal en nuestros representantes políticos? Si hubiera alguien que hiciera lo que he dicho, yo lo aplaudiría (...) y si vienen los atropellos y hubiese que usar las armas, no se tire abajo: tírese arriba”⁹.

La nueva descripción de España como país atrasado, antimoderno y oriental gobernado por una monarquía reaccionaria que había renunciado a los objetivos del liberalismo histórico obligaba al PSOE a reubicar la posición del país en el eje de la filosofía de la historia marxista. Si España no había conocido aún una revolución democrático-burguesa completa, tampoco tenía sentido seguir aplicando el concepto de lucha de clases como si de un país moderno y capitalista se tratase. Por tanto, el clásico eje dicotómico a partir del cual el socialismo español había guiado su acción dejaría de ser “proletariado *versus* burguesía” para pasar a ser “democracia *versus* autocracia”¹⁰.

En el X Congreso del PSOE, celebrado en octubre de 1915, Besteiro leyó una carta del doctor Jaime Vera donde se sintetizaba a la perfección la visión de la historia de España como la historia de una *revolution manqué*. Para Vera la Monarquía en España había puesto las bases para la “civilización y progreso y nación” en el pasado. Sin embargo, proseguía: “La historia del pasado siglo y la realidad del presente, prueban que la monarquía española no se ha decidido a servirse de las fuerzas liberales para eliminar progresivamente la roña tradicional que vicia todos los órganos vitales de la nación e impide que aliente con fuerza impulsos de progreso”. Y sentenciaba: “para hacer nación, progreso, civilización y democracia, para hacer Socialismo, nos encontramos con los republicanos”¹¹.

⁹ Marco, J. M. (2013: 126-127).

¹⁰ Elorza, A. y Ralle, M. (1989: 332-338).

¹¹ “X Congreso Nacional. El voto de Vera”, en *El Socialista*, 27/10/1915.

Por tanto, el X Congreso del PSOE dictaminó que la debilidad del liberalismo histórico español ponía sobre los socialistas –en alianza con los republicanos– la tarea de democratizar y hacer nación; léase, la tarea que históricamente debía haber realizado la burguesía. Como puede leerse en artículos de *El Socialista*, aún en 1915, el PSOE repudiaba los nacionalismos periféricos por considerarlos reaccionarios y arcaicos. En un artículo titulado “Pequeño nacionalismo y socialismo”, el órgano del PSOE cuestionaba la capacidad del nacionalismo catalán para promocionar contenidos democráticos y calificaba a España como “la nación que todos integramos, catalanes, gallegos, vascos, castellanos, andaluces... y aun lusitanos”, al tiempo que señalaba “dentro de esta gran unidad nacional existe ya un nacionalismo generoso y fraternal” que lucharía contra el “nacionalismo arcaico y odioso que quiere hacer de las naciones el feudo y el patrimonio de una oligarquía miserable, vacía de ideal y podrida de espíritu”¹².

- III -

Para el PSOE –como para los aliadófilos españoles– la Gran Guerra constituía un choque a escala mundial entre la democracia y la autocracia, entre la modernidad y la reacción, entre un patriotismo fraternal y el imperialismo. Tras la caída de los Romanov en Rusia, los socialistas veían claro que el efecto modernizador de la guerra estaba terminando con las monarquías europeas, sobre todo con los imperios. *El Socialista* publicaba a finales de abril de 1917 un artículo bajo el esclarecedor título “Saldo de coronas”, que constituía toda una declaración de intenciones. Dicho artículo comenzaba afirmando que:

“Los reyes se van. Cuando termine la guerra, o antes de que termine, va a haber un saldo de coronas, y no habrá quien las tome ni aunque le den dinero encima. Los pueblos, oficiando de Segismundos, dicen, amenazadores, aquello de: ‘Y no encontrarás cabeza donde poner la corona.’ Y la abnegación megalománica no llega en nadie hasta cambiar por una corona la propia cabeza”.

¹² “Pequeño nacionalismo y socialismo”, en *El Socialista*, 13/10/1915.

Pero resulta interesante advertir que en ese mismo artículo el socialismo español ligaba la desintegración de los imperios centrales, de naturaleza plurinacional, con el avance de la democracia y la afirmación del principio de las nacionalidades. *El Socialista* confiaba en que todos los imperios centrales en los que las nacionalidades habían vivido bajo el yugo de la corona quedarían organizados como federaciones republicanas:

“Los pueblos balkánicos, confundidos en espantosa hecatombe, no son ahora monarquías ni nada, sino un revoltijo informe. A la conclusión de la catástrofe, y a conclusión tal como las democracias esperan la soñada Federación republicana de los Balkanes, anunciada por los socialistas de Servia, Rumanía y Bulgaria, será un hecho. (...) Alemania, si la enseñanza de la Historia no desmiente, después del desastre de su dinastía funesta se levantará para aplicarla el castigo que merecen por sus crímenes. La Democracia socialista recordará –ahora lo ha olvidado– que tiene hechas terminantes declaraciones republicanas. Es de esperar que la revolución que estalle a la terminación de la guerra o antes de que termine la guerra, en sus postrimerías, proclame la Confederación republicana germánica”¹³.

En el verano de 1917 el sistema de la Restauración tuvo que hacer frente a su mayor crisis, encarnada en un triple desafío militar, político y social. El gobierno del conservador Eduardo Dato hizo frente a la situación con el cierre de las Cortes y la suspensión de las garantías constitucionales. En este contexto, el líder de la *Lliga*, Francesc Cambó, convocó en Barcelona una Asamblea de Parlamentarios para exigir la convocatoria de unas Cortes Constituyentes que atendiese la demanda de una nueva planta territorial para el Estado. Pablo Iglesias asistió a Barcelona superando los recelos del socialismo para con la Mancomunidad catalana –considerada un órgano burgués– y aceleró su proceso de apertura al hecho catalán con el convencimiento de que la burguesía catalana podía convertirse en el ariete definitivo contra el sistema de la Restauración.

Tras el fracaso de la huelga revolucionaria orquestada por la UGT y la CNT en agosto de 1917, el PSOE puso todas sus esperanzas en la política como medio para derribar la Monarquía de Alfonso XIII y el sistema de la Restauración. La victoria aliada en 1918 acentuó en republicanos y socia-

¹³ “Saldo de coronas”, en *El Socialista*, 27/04/1917.

listas la idea de que la oligarquía germanófila española sería también barrida del mapa como lo fueron los imperios alemán y austriaco. Lenin y Wilson, dos de las figuras más importantes de la posguerra, habían apoyado el derecho de autodeterminación de las nacionalidades y este hecho dotó de una relevancia mayor al debate sobre el Estatuto de Autonomías catalán que tuvo lugar en las Cortes españolas en el otoño de 1918.

En el contexto de la Gran Guerra, el PSOE había iniciado una lenta apertura al hecho catalán. Tal y como ha señalado el historiador G. H. Meaker, el socialismo español comenzó a ver en el pleito autonomista catalán la fuerza dinamizadora que podría catalizar un proceso de cambio revolucionario en España¹⁴. Aferrados a su visión marxista de la historia, la burguesía catalana iba a convertirse ahora en la fuerza política burguesa que liderase un proceso de modernización en España, como antes lo habían hecho Prusia para Alemania y el Piamonte para Italia. Dadas las circunstancias, el PSOE debía apoyar una autonomía lo más amplia posible para Cataluña.

La conversión del otrora reaccionario nacionalismo catalán en una fuerza progresiva y democratizadora por ir orientada contra la oligarquía de la Restauración se hizo oficial en el XI Congreso del PSOE, celebrado en diciembre de 1918. La peculiaridad de esta novedad no radicaba solamente en el hecho mismo de que por primera vez la cuestión nacional encontrase acomodo en un programa del partido socialista. La peculiaridad radicaba, sobre todo, en que el PSOE parecía hacer un gesto orientado a romper el secular recelo del partido socialista hacia las reivindicaciones de los movimientos nacionalistas en España aprovechando el pleito catalanista en las Cortes. El texto aprobado en dicho congreso rezaba lo siguiente, refiriéndose a la organización político-territorial que había de adoptar España:

“Confederación republicana de nacionalidades ibéricas, reconocidas a medida que vayan demostrando indudablemente un desarrollo suficiente, y siempre sobre la base de que su libertad no entraña para sus ciudadanos merma alguna de los derechos individuales ya establecidos en España y de aquellos que son ya patrimonio de todo pueblo civilizado”.

¹⁴ Meaker, G. H. (1978: 163).

Abundando sobre la idea de identificar a España como una monarquía sostenida sobre un Estado imperialista –a imagen y semejanza de los imperios austrohúngaro, alemán o ruso–, Besteiro advertía a sus correligionarios de que el PSOE no debía admitir un Estado español que persistiese en la empresa de uncir bajo su yugo pueblos de naturaleza heterogénea:

“Dentro de nuestra propia Península no podemos desconocer la convivencia de regiones que tienen una personalidad característica y muy diferenciada unas de otras. Así los vascos, los catalanes, los andaluces y los gallegos, estos últimos unidos con más íntima afinidad de raza al pueblo portugués que al resto de las regiones de España (...) Nuestro internacionalismo de socialistas no puede conducirnos insensatamente al afán imperialista como españoles de dominar pueblos que tienen una personalidad robusta y bien destacada y ansían gobernarse por sí propios, sin tutelas que estiman inconvenientes y que demuestran no necesitar”¹⁵.

Julián Besteiro iba a ser el hombre clave en la defensa de esta nueva posición del PSOE ante la cuestión nacional, que no se limitó a un radicalismo congresual para consumo interno del partido, sino que tendría su continuación y plasmación concreta en el debate sobre la autonomía catalana planteado en las Cortes. El PSOE había pasado de defender el internacionalismo a ser un firme defensor del antiimperialismo de la Gran Guerra.

Días más tarde, en un mitin celebrado en el Teatro Bosque de Barcelona, Besteiro fue más allá y utilizó la idea de la ausencia de verdadera revolución liberal-burguesa en España para insistir en que “uno de los Estados que oprimían pueblos es España”, y remató su intervención aseverando que “en España no ha habido nunca nación, y la unidad se produjo por el fuego y por el hierro”¹⁶. Entre ambas fechas, Besteiro señaló claramente en las Cortes la doctrina del PSOE para con los movimientos nacionalistas: recelo frente a lo que el nacionalismo significaba, pero aprovechamiento íntegro de su fuerza antisistema. Así se recogió en *El Socialista*:

“...pero hemos querido quedarnos aquí para deciros brevemente cuál es la posición del Partido Socialista frente al problema de la autonomía o de la nacio-

¹⁵ *El Socialista*, 1/12/1918.

¹⁶ “Un gran mitin”, en *El Socialista*, 27/12/1918.

nalidad catalana. Lo consideramos legítimo; consideramos que, si se trata de oponer a su desenvolvimiento un dique traerá graves trastornos para la vida del país, defenderemos ese movimiento como un movimiento libertador, de emancipación de la tiranía del Estado central que todos sufrimos (Rumores). (...) Pero hay más: el Partido Socialista se compromete a apoyar con todas sus fuerzas el desenvolvimiento del movimiento catalán, preséntese como se presente; porque, aunque la fórmula a que propenden algunos de los líderes de ese movimiento en Cataluña está pensada con vistas a un aumento de la coacción en España, y de la sumisión de la democracia catalana, y lo vemos bien claro, tenemos confianza absoluta en la democracia catalana, a la que prestaremos todo nuestro auxilio para que no se deje avasallar, y en esa confianza nosotros queremos la autonomía de Cataluña a toda costa. He dicho”¹⁷.

Tampoco Luis Araquistáin sería ajeno a estos debates. En su libro *España en el crisol*, de 1920 –reeditado en 1930 como *El ocaso de un régimen*–, insistía en el argumento de la incapacidad modernizadora de las instituciones políticas españolas. “Lo único que aquí se ha agotado es el Estado histórico. No ha decaído la nación, porque en realidad no ha existido ni aún existe. La monarquía, centralista y antidemocrática, no sólo no ha fundido los distintos pueblos de España en una unidad nacional, sino que los ha mantenido disgregados entre sí y hostiles al Estado externo e imperial”. Su alternativa abundaría en una revisión positiva del nacionalismo catalán en tanto que poder modernizador a quien, frente a las fuerzas inertes del Estado, se confiaba la regeneración de España.

Largo Caballero, quien en la II República mostraría la versión más hostil del PSOE con respecto a las autonomías, participó en la elaboración del Estatuto de Autonomía, llegando a afirmar ante la mancomunidad catalana:

“La posición del Partido Socialista está bien definida. Si se hubiera pedido el reconocimiento de la nación catalana, él hubiera votado a favor, porque Cataluña posee tal espíritu de ciudadanía, que merece el que le sea reconocida su nacionalidad. (...) En Madrid se niega la autonomía a Cataluña porque existe todavía un poco de aquel deseo imperialista de otros tiempos, y porque creen que cuando se conceda la autonomía a Cataluña será imposible someter a otros pueblos, entre ellos Marruecos, que tiene derecho a su libertad. Yo os ofrezco el apoyo del proletariado español. Si llega el momento de una actuación enérgica, el proletariado

¹⁷ “Discurso de Besteiro”, en *El Socialista*, 14/12/1918.

estará al lado de Cataluña, porque entiende que cuando esta región obtenga todo lo que pide es cuando principiará la regeneración de España”¹⁸.

- IV -

La consolidación de una visión plurinacional de España en el marco de un país premoderno en la doctrina del PSOE sobre la cuestión nacional encontró su razón de ser en el pleito autonomista planteado por la *Lliga de Cambó*, pero también se explica atendiendo a la progresiva incorporación a la federación catalana del PSOE de personalidades que provenían de la izquierda nacionalista catalana, como Andreu Nin, Pla i Armengol, Serra i Moret, Campalans o Camorera. Hágase notar que la fórmula “Confederación republicana de todas las pequeñas nacionalidades ibéricas” fue introducida en el IV Congreso de la FC del PSOE a propuesta de Nin. Este iba a tener una agría polémica con Fabra Ribas por la defensa que el primero hizo en las páginas de la revista *Justicia Social* de la síntesis entre socialismo y nacionalismo. De hecho, Nin puso final a la polémica con Fabra Ribas aduciendo que:

“No entiendo que en nombre del internacionalismo se combatan las justas aspiraciones de los pueblos oprimidos, incurriendo por inconcebible paradoja, en pecado de patrioterismo. Que nos pongan todos los mote que quieran pero que no nos llamen españoles”¹⁹.

No deja de ser interesante observar que mientras que el pleito catalanista planteado por la *Lliga* monopolizó la política española, el PSOE fue cargando progresivamente su retórica de los elementos más radicales que provenían del socialismo catalanista –hasta la negación de la existencia de una nación española y la afirmación de la plurinacionalidad del Estado–. Sin embargo, cuando el pleito catalanista tocó a su fin debido a que las Cortes españolas rechazaron el Proyecto de Estatuto para Cataluña redactado por la mancomunidad, el PSOE volvió a su posición de natural recelo ante todo movimiento

¹⁸ “El problema autonomista. Reunión de la Mancomunidad”, en *El Socialista*, 26/01/1919.

¹⁹ **Balcells, A.** (1988: 25).

que amenazase el centralismo del partido. Si atendemos a los debates sobre la cuestión regional habidos en el I Congreso Extraordinario del PSOE en 1919 –en el que el “tercerismo” ya afluía como tema principal–, encontramos una retórica renovación de los objetivos programáticos del XI Congreso, a la par que la necesidad de encontrar un criterio común frente al problema de los nacionalismos. Los debates reflejaban la percepción de que la campaña por la autonomía catalana solo había servido para desnortar al proletariado y fortalecer a la burguesía catalana.

En adelante, el PSOE debía evitar a toda costa que “este regionalismo nuestro no sea bastardeado en la práctica cuando las complejidades de la vida moderna impulsen a realizar, conjuntamente con los representantes de partidos burgueses o entidades de naturaleza distinta a la nuestra, gestiones encaminadas a la defensa de intereses locales, provinciales o regionales” y, sobre todo, “procurando siempre que la personalidad del Partido no sea confundida o absorbida por otras actuaciones y que se destaque con claridad por sus características y diferenciaciones”. El tema quiso zanjarse recordando la condición del PSOE como partido de clase y la subordinación de todo regionalismo a su objetivo revolucionario:

“Siendo el problema regionalista una realidad que no podemos esquivar, nuestro Partido debe concederle la importancia que tiene en cuanto es coincidente con el problema de la transformación social”²⁰.

La sospecha de que el PSOE se había contagiado de nacionalismo catalán, olvidando el objetivo nacional de su proyecto de clase, no estaba infundada. La retórica confederal y plurinacional tomada del socialismo catalanista para posicionarse a favor de la ruptura del sistema de la Restauración generó grandes expectativas en el seno de la federación catalana del PSOE, que aspiraba a superar el histórico centralismo del partido replicando para la propia organización el alto grado de autonomía que se pedía para las nacionalidades del Estado. Pasada la fiebre nacionalista que había llevado a Besteiro y a Saborit a gritar en las Cortes “¡Viva Cataluña! ¡Viva la República! ¡Viva la Revolución!”, la vuelta del PSOE a una posición

²⁰ “Congreso Extraordinario del Partido Socialista. El regionalismo”, en *El Socialista*, 15/12/1919.

de defensa de la incompatibilidad entre socialismo y nacionalismo iba a acabar en conflicto con los principales exponentes del socialismo catalanista²¹. El corolario de este repliegue del PSOE a su posición original obrerista fue la sonada polémica en las páginas de *El Socialista* entre Indalecio Prieto y Fabra Ribas, como representantes del socialismo español, y Campalans y Serra i Moret, como defensores del socialismo catalanista. En uno de estos artículos, Fabra Ribas acusaba a algunos elementos nacionalistas de “haberse creído sinceramente socialistas”²². Como consecuencia, en julio de 1923 se fundó la Unió Socialista de Catalunya con la aspiración de ser la “*fracció catalana del socialismo universal*” como partido que “*aspira a florir en el jardí multicolor de la Internacional Socialista*”. La USC fue expulsada del PSOE en 1924, ya en la dictadura de Primo de Rivera²³.

- V -

La historiografía española, en general y salvo excepciones, no ha considerado que esta escisión del PSOE mereciese gran atención. Si embargo, la ruptura de la FC del PSOE consumaba la incapacidad del socialismo español para conjugar positivamente lucha de clases y liberación de las nacionalidades oprimidas en el seno del Estado. Lo hacía mucho antes de que la misma estrategia de inflamar el nacionalismo periférico frente al centralismo se mostrase problemática como vía para la construcción de un partido nacional en la Transición. La experiencia de la crisis catalanista, encuadrada en la más amplia crisis de la Restauración y el final de la Gran Guerra, había puesto de manifiesto los límites prácticos de un proyecto que pretendía, a un tiempo, ofrecer retóricamente la máxima autonomía de las nacionalidades, pero reservarse el control centralizado del movimiento obrero.

En última instancia, el PSOE no dejaba de ser un partido de clase subordinado a la UGT, la cual veía en la organización sindical centralizada el modelo de la sociedad sin clases del futuro. De aquí que para el socialismo

²¹ Meaker, G. H. (1978: 165).

²² “Conferencia de Antonio Fabra Ribas. Consideraciones sobre el nacionalismo y el problema catalán”, en *El Socialista*, 31/01/1923.

²³ **Martín, J. L.** (1964: 160). Balcells (1988: 29).

español el límite último a cualquier reforma de la planta territorial del Estado y la descentralización política se encontraba en el control de la política social y laboral. Esta perenne confusión entre proyecto de clase y política nacional que arrastrará el PSOE, afloraría en el escaso interés de los socialistas en los debates estatutarios de la II República, una vez asegurados dichos puntos, o en la idea de abandonar la categoría de “ciudadano” por la de “trabajador” como vínculo entre los españoles que consagró la Constitución de 1931, o la confusión de Largo Caballero entre su papel de ministro de Trabajo y su condición de líder sindical, cuando en su toma de posesión advirtió a los funcionarios: “Espero que ustedes trabajen con lealtad. (...) La UGT no amenaza a nadie”²⁴. Sería, en última instancia, su misma condición de partido de clase y marxista la que a partir de la victoria de las derechas en las elecciones de 1933 haría reverdecir los laureles de su discurso antiimperialista, a pesar de los malos resultados que le había procurado en el pasado. No sería la última vez.

PALABRAS CLAVE

Restauración • Socialismo • Nacionalismo • Cataluña

RESUMEN

El presente artículo analiza el papel del PSOE en la campaña por la autonomía catalana en el doble contexto de la crisis de la Restauración entre 1917 y 1923 y el final de la Gran Guerra, periodo de especial importancia en Europa para el principio de autodeterminación como criterio de organización política. En concreto, el artículo estudia la radicalización de la posición del PSOE para con la cuestión nacional en la campaña catalana por la autonomía y la consecuencia de su apertura al discurso nacionalista: la escisión de la Federación Catalana del PSOE, convertida en 1923 en la Unió Socialista de Catalunya.

ABSTRACT

This article analyses the PSOE's role in the campaign for Catalan autonomy in the double context of the Restoration crisis between 1917 and 1923 and the end of the Great War, a period of particular importance in Europe for the setting of the self-determination principle as the criterion for political organisation. Specifically, the article studies the radicalisation of the PSOE's stance with regard to the national issue in the Catalan campaign for autonomy and the consequence of its opening to nationalist narratives: the splitting of the Catalan Federation from the PSOE, which in 1923 had become the Unió Socialista de Catalunya.

²⁴ Fuentes, J. F. (2005: 190).

BIBLIOGRAFÍA

Arranz, L. (1986):

“La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político” en Juliá, S., *El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias.

Balcells, A. (1988):

“El socialismo en Cataluña hasta la Guerra Civil” en Juliá, S. (1988), *El socialismo en las nacionalidades y regiones*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias.

Cambó, F. (1987):

Memorias, Madrid, Alianza Editorial.

Elorza, A. y Ralle, M. (1989):

La formación del PSOE, Barcelona, Crítica.

Fuentes, J. F. (2005):

Largo Caballero. El Lenin español, Madrid, Síntesis.

Lerroux, A. (1964):

La pequeña historia, Madrid, Afrodisio Aguado.

Marco, J. M. (2013):

Maura. La política pura, Madrid, Gota a Gota.

Martín, J. L. (1974):

“La Unió Socialista de Catalunya (1923-1936)” en *Recerques: Història, economia i cultura*, nº 4.

Marx, K. y Engels, F. (1998):

Escritos sobre España, Madrid, Trotta/Fundación de investigaciones Marxistas. (Edición de Pedro Ribas).

Meaker, G. H. (1978):

La izquierda revolucionaria en España (1914-1923), Barcelona, Ariel.



Revistas Culturales EN FORMATO ELECTRÓNICO

www.quioscocultural.com